EL ESPECTADOR
FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. **Fidel Cano**

Gerente **Eduardo Garcés López** Director **Fidel Cano Correa**

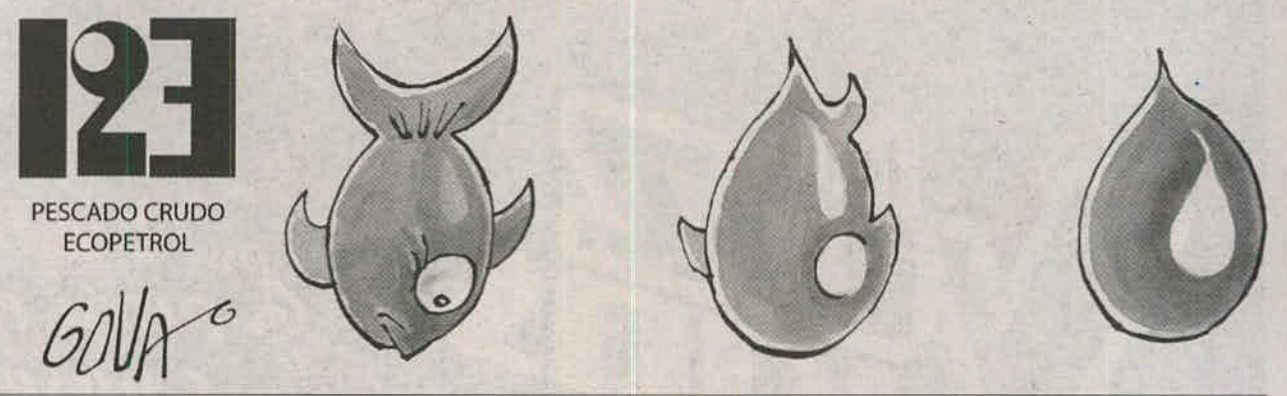
Consejo Editorial

Presidente **Gonzalo Córdoba Mallarino**

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General **Jorge Cardona**

Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios **Mauricio Umaña Blanche**



Opinión

Directores: **Fidel Cano Gutiérrez:** 1887 - 1919. **Luis Cano:** 1919 - 1949. **Gabriel Cano** 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958. **Guillermo Cano:** 1952 - 1986. **Juan Guillermo y Fernando Cano:** 1986 - 1997. **Rodrigo Pardo:** 1998 - 1999. **Carlos Lleras de la Fuente:** 1999 - 2002. **Ricardo Santamaría:** 2003. **Fidel Cano Correa:** 2004 fidelcano@elespectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y AMI
© Comunican S.A. 2018, Todos los derechos reservados.
ISSN 0122-2856. Año CXXX. www.elespectador.com

La difícil recuperación de Mocoa y el Putumayo

EL 31 DE MARZO PASADO SE CUMplió un año desde la avalancha en Mocoa, capital del departamento del Putumayo. Aunque el Gobierno Nacional sigue firme en su promesa de reconstruir la ciudad y dejarla aun mejor de como estaba antes, los procesos van lentos, persisten dudas sobre la responsabilidad de los hechos y, en particular, la pregunta de si en Colombia estamos planeando adecuadamente nuestras ciudades.

Putumayo, en la historia reciente del país, es uno de los departamentos que más han sufrido el conflicto armado y la desigualdad en el crecimiento económico. Basta ver las cifras: entre 1997 y 2017 se registraron 179.508 víctimas del conflicto armado. Además, la tercera parte del departamento es pobre y en las cabeceras municipales los jóvenes están en riesgo de dejar sus estudios para vincularse a economías ilegales, relacionadas con el narcotráfico.

Después, vino la tragedia. Una avalancha que destruyó a la capital del departamento, dejó 333 personas fallecidas y más de 20.000 afectadas. Incluso hoy, como contó Pilar Cuartas en **El Espectador**, hay familias buscando a los desaparecidos y apenas enterrando a sus muertos. La comunidad dice, por cierto, que la cifra oficial de muertos es muy baja: ellos calculan por lo menos 3.000.

Por esa incongruencia entre los datos oficiales y los relatos de los sobrevivientes es que es importante que el país pueda responder varias preguntas difíciles. La principal: ¿podía evitarse?

La Fiscalía viene investigando a Sorrel Aroca Rodríguez, gobernadora de Putumayo, por presunto homicidio culposo. En síntesis, el ente investigador dice que hubo negligencia en la preparación para una crisis eventual y que el desastre debía haberse prevenido.

Ella, no obstante, no está de acuerdo. En entrevista reciente con **El Espectador**, habla de la ausencia de estudios que expliquen lo ocurrido y se defiende: "las dimensiones de lo que nos ocurrió son tales que no pudieron ser previstas ni contenidas".

La respuesta a esa pregunta no es menor, porque va acompañada de otra que aplica para todo el país: ¿nuestras ciudades han sido planeadas de manera adecuada para que no haya riesgo de más tragedias? El cambio climático con sus implacables consecuencias, es inevitable. ¿Está Colombia lista para realizar los ajustes necesarios? ¿Existe la voluntad política?

> "Es muy complicado reconstruir una ciudad cuando lleva tanto tiempo desarrollándose sin criterios claros de prevención de desastres".

Porque, incluso si hay dicha voluntad, Mocoa ha demostrado lo difícil que es la reconstrucción. Un informe de *La Silla Vacía* mira con lupa todos los proyectos propuestos por el Gobierno Nacional, que comprometió $1,2 billones en recursos, y la conclusión es la misma: avanzan, pero con lentitud.

No sólo es un tema de recursos, sino de obstáculos prácticos. Es muy complicado reconstruir una ciudad, reorganizarla, cuando lleva tanto tiempo desarrollándose sin criterios claros de prevención de desastres.

Mocoa y el Putumayo necesitan una nueva oportunidad en un país que durante muchos años los olvidó. Pero, también debemos pensar en los retos de los otros territorios marginados por la desigualdad y que son particularmente vulnerables en un país que no se construyó pensando en sostenibilidad. ¿Podemos evitar que ocurran estas tragedias de nuevo? Y, además, ¿podemos garantizar que todo el país tenga las mismas oportunidades de desarrollo?

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a **yosoyespectador@gmail.com**

Una historia mínima

SALOMÓN KALMANOVITZ

JORGE ORLANDO MELO NOS ENTREGA una gran síntesis de su obra de vida en esta nítida edición de El Colegio de México y Turner, *Historia mínima de Colombia*. Melo despliega sus profundos conocimientos de geografía y demografía para organizar el escenario donde se desarrolla una Colombia conflictiva y autoritaria, a la que no le faltan fases de paz y democracia, también registrando avances en las condiciones de vida de su población, especialmente durante el siglo XX.

La geografía compleja del país dio lugar a cuatro regiones poco comunicadas entre sí que fueron desarrollándose a espaldas de las demás, hasta que las vías modernas lograron algún grado de integración. Ninguna de las élites regionales estuvo interesada en construir un gran Estado nacional, que centralizara el poder e impulsara y lubricara el desarrollo económico nacional. En consecuencia, el tamaño del Estado fue siempre pequeño, hasta que tuvo que enfrentar los grandes desafíos del narcoterrorismo y de la insurgencia a fines del siglo XX, dando lugar a unas fuerzas armadas de suficiente poder para contrarrestarlos, a veces recurriendo a la ilegalidad.

Los capítulos del libro son relativamente cortos y vibrantes. El texto está lleno de detalles literarios que entregan claves de la matriz del autoritarismo político legado por la colonia y la gran influencia de la Iglesia católica en permear la educación y la cultura de la sociedad. Se destacan incidentes de canibalismo por parte de los españoles durante la conquista y la esclavización de indígenas, convencidos que les estaban ofreciendo la salvación. La conquista del territorio es una historia de horror y crueldad que dio lugar a una catástrofe demográfica, producto combinado de enfermedades como la viruela, el sarampión y la influenza, frente a las que la población aborigen carecía de defensas, y de las oprobiosas condiciones de trabajo, la ruptura de las familias y los suicidios colectivos.

Se trató siempre de una sociedad pobretona, aunque disfrutó de un largo período de prosperidad minera durante el siglo XVIII y algo entre 1850 y 1875, cuando los liberales democratizaron la sociedad, promovieron su organización federal y el comercio exterior. Todo este legado fue destruido por los conservadores, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, que devolvieron el país a su matriz autoritaria, logrando retrasar su desarrollo económico al propiciar tres guerras civiles.

El siglo XX fue de rápido desarrollo económico, gracias al café sembrado en las lomas antioqueñas y a una dirigencia conservadora más preocupada por vincular a Colombia con el mundo que en liquidar liberales. Se desarrollaron la industria y la agricultura comercial y el país se modernizó. No obstante, el surgimiento de Laureano Gómez y de la derecha fascista durante los años 30 fue creando las condiciones para otra guerra que estalló con fuerza a partir de 1946, y que fue atemperada por el golpe militar de Rojas Pinilla contra el gobierno del propio Laureano en 1953. Melo alcanza a contar la historia política y cultural de Colombia hasta la otra guerra de los 80 al siglo XXI y los avances de la paz de 2016 que quedaron en entredicho.

Melo nos entrega una pequeña obra maestra que revela una conflictiva historia política, pero también el pujante desarrollo de la economía y de la cultura de cada época, los avances de la educación, la salubridad, los cambios en las costumbres y en la condición de la mujer, entre muchas otras cosas.

Nieves